


PREFACIO MUY PERSONAL

Este es un libro perfectamente subjetivo sobre la Hungría contemporánea. Por eso me parece pertinente empezar explicando dicha subjetividad; o sea, hablando de mí. Los lectores que, comprensiblemente, no tengan interés en ello pueden saltarse tranquilamente esta introducción.

Parfraseando *Walden*, me fui a Budapest para vivir una vida hermosa. Cada cual, si tiene suerte, encuentra el lugar del mundo en el que siente que encaja. Yo encontré la capital de Hungría, sin que ningún lazo me uniera de antemano a ella. La afinidad que se estableció fue completamente fruto del azar.

Al principio estuvo Ágnes, una chica de veinte años procedente de Hungría, un país tan exótico para mí que difícilmente habría podido situarlo en un mapa mudo, y que tenía raíces maternas entre los húngaros de Transilvania (lo cual tiene su importancia, como se verá luego). Nos conocimos en un curso de francés en Estrasburgo durante el verano de 1998, justo después de licenciarme en la universidad, y en invierno de 1999 fui a visitarla. Así llegué por primera vez a Budapest.




Aquella ciudad de los noventa, al final de la época de transición salvaje al capitalismo y antes de la llegada del turismo masivo (y en medio del primer gobierno de Viktor Orbán), me impresionó sobre todo por su opacidad y por su grisura. En pleno invierno, cubierta de nieve, con su arquitectura monumental aún parcialmente manchada por el hollín del siglo XIX y sus carteles y rótulos en un idioma completamente incomprendible, me pareció el paradigma de la extrañeza que despierta en un europeo occidental y mediterráneo la Europa central y del este. Allí tenía una suerte de realidad paralela, una Europa que había evolucionado de forma muy distinta a la que yo conocía de mi cotidianidad española. Ahora cuesta recordarlo, pero en la era anterior a los vuelos baratos y a la entrada de los antiguos satélites de la Unión Soviética en la Unión Europea, la distancia mental entre los países europeos era mucho mayor que ahora, o eso parecía. De aquellos primeros contactos con la realidad húngara me queda la impresión de un pueblo con un relato nacional estafalario (las estatuas de la plaza de los Héroes representan a los húngaros primigenios como un cruce entre los vikingos y Conan el bárbaro), en un contexto material que parecía congelado en el tiempo: todavía circulaban los tranvías, autobuses y metros puestos en servicio en la época comunista (y a decir verdad, veinte años después algunos aún siguen ahí). Mil y un detalles cotidianos me resultaban extraños, como la costumbre


húngara de poner el apellido antes del nombre, la forma de indicar las horas (las seis y media, en húngaro, son las media siete; las seis y cuarto, las siete menos tres cuartos), el papel moneda que mostraba reyes y héroes de una mitología nacional como salida de la imaginación de Hergé, o el hecho de que los húngaros se despidieran con un tajante «Hallo!».


Durante mucho tiempo, ahí quedó mi contacto con Hungría. En la década de los 2000, siguiendo los altibajos de mi relación con Ágnes, visité Budapest con frecuencia, pero siempre como peculiar fondo de nuestra no menos peculiar historia. No profundicé en él, ni aprendí el idioma (mientras tanto, Ágnes, con quien empecé hablando en francés, aprendió también inglés y luego español), y las cosas húngaras quedaron simplemente como fuente de anécdotas jugosas para contar a los amigos españoles a la vuelta de mis viajes. Entre tanto, me presenté a las oposiciones a la carrera diplomática y fracasé, pero monté una pequeña editorial especializada en ciencia-ficción y fantasía y me fue sorprendentemente bien.

A comienzos de la década siguiente, mi relación con Ágnes se había enfriado, pero permanecíamos en contacto y seguí visitando Budapest de vez en cuando, como desahogo de la rutina y los agobios de la realidad española. Paulatinamente, dejé de acudir a Hungría por la chica, y empecé a acudir por la ciudad. Poco a poco, se me abrieron los ojos ante su belleza. La llegada del



turismo masivo, además, había quebrado la opacidad de Budapest, que ahora era mucho más fácil de entender e interpretar. Empecé a recorrer la ciudad solo, armado con la idiosincrásica guía de András Török, hipnotizado por la arquitectura y caminando durante horas, sin darme cuenta del paso del tiempo hasta que notaba que me dolían los pies. Y en un determinado momento, algo encajó: tuve una epifanía. Recuerdo bien el momento: era marzo de 2011, estaba pasando la última mañana en Budapest antes de mi vuelo de vuelta a Madrid, y decidí darme una vuelta por Batthyány tér, una plaza no particularmente bonita en el lado de Buda que se usa como intercambiador de transportes y que tiene como principal atractivo que se encuentra pegada al Danubio y directamente enfrente del Parlamento, entonces y ahora la vista más espectacular de la ciudad. Aquella fría mañana, rodeado de húngaros que iban del autobús al tranvía y del tranvía al metro, ajetreados y con cara de pocos amigos, sentí lo que solo puede calificarse como un súbito amor por todo lo que me rodeaba: el Danubio, los edificios decimonónicos que dejaban ver el amplio cielo, los vehículos viejos pero funcionales, la gente enfurruñada. Puede que se tratase simplemente de la necesidad de huir de una rutina que se había vuelto insoportable: esa misma mañana había encontrado en mi correo electrónico la liquidación de ventas enviada por mi distribuidora de aquel entonces, la tercera que usaba en nueve años, que presagiaba la





necesidad de un nuevo cambio de distribución. Sea como fuere, el sentimiento era indudable: yo deseaba profundamente, no sabía cómo ni cuándo, vivir allí algún día.

Para que ese deseo inarticulado se hiciese realidad, muchos elementos de mi vida tuvieron que alinearse en los años siguientes. En Madrid conocí a Dina, una chica rusa que me cayó bien desde el primer instante, y con la que inicié una relación profunda, basada sobre todo en su capacidad para la generosidad y el compromiso, y en mi entusiasmo por encontrar a alguien extraordinario que me respaldaba totalmente. Muy al comienzo de nuestra relación ya tuvo un atisbo de lo que le esperaba, porque al poco de conocernos la invité a venir conmigo a Budapest, donde había alquilado un apartamento para pasar un mes ese verano, en principio solos yo y la ciudad. Así que Dina supo desde el primer momento que, en cierta medida, Budapest y yo éramos inseparables.

En aquellos años la crisis llegó por fin al mercado del libro, por lo que la idea de vivir algún día en Budapest tuvo que quedar en el reino de las fantasías. A cambio, cuando pude pasé temporadas cada vez más largas en ella en compañía de Dina, que al principio desconfiaba de mi apego por aquella ciudad provinciana exsoviética (ella que venía de la sofisticada Moscú hipercapitalista), pero poco a poco fue encontrando elementos que le resultaban atractivos, hay que decir que con una ac-